

CAPÍTULO VI

EL CAMBIO SOCIAL	117
A) GÉNESIS Y PROBLEMÁTICA DEL CAMBIO	117
1. <i>Presencia del tiempo y heterogeneidad estructural</i>	117
2. <i>Los actores y las prácticas sociales</i>	119
3. <i>Dinámica interna y dinámica externa</i>	122
B) ELEMENTOS PARA UNA TIPOLOGÍA DEL CAMBIO SOCIAL	124
1. <i>Cambio inherente y mutaciones</i>	125
2. <i>Crecimiento y desarrollo</i>	126
3. <i>Reforma y revolución</i>	127
4. <i>El proyecto histórico</i>	128

CAPÍTULO VI

EL CAMBIO SOCIAL

Es pertinente introducir en este momento del análisis la cuestión del cambio social, porque aporta necesariamente el aspecto dinámico, y contribuye al esclarecimiento de la naturaleza, las funciones y los problemas del sistema político y del Estado.¹²⁶

Toda sociedad vive haciéndose y rehaciéndose a sí misma, solicitada a la vez por *fuerzas de conservación* y *fuerzas de cambio*, pero impulsada en última instancia por las segundas. La *dialéctica* de la *continuidad* y de la *discontinuidad* está presente en cualquier sociedad, que aparece así como creación permanente, dato al mismo tiempo que proyecto. La multiplicidad de fuerzas, relaciones y procesos en el seno de cualquier sistema global puede ser considerada en dos grandes *aspectos*, referentes a la *génesis* y *problemática del cambio* y a su *tipología*.

A) GÉNESIS Y PROBLEMÁTICA DEL CAMBIO

1. *Presencia del tiempo y heterogeneidad estructural*

El hecho ya señalado que toda sociedad está inscrita en el *tiempo*, y que éste se halla siempre presente y actuante en el seno de toda sociedad, se relaciona con la *heterogeneidad estructural*. Los elementos, las configuraciones, los subsistemas constitutivos de una sociedad global, no tienen el mismo origen, la misma trayectoria ni la misma edad. En todo sistema social coexisten así fuerzas, relaciones, organizaciones, conformaciones distintas, sometidas de manera diferencial a los efectos del tiempo. La sociedad establece una jerarquía entre aquéllas, las sitúa en posiciones dominantes o subordinadas. Ello da a la sociedad sus caracte-

¹²⁶ Sobre cambio social ver: G. Balandier, *Sens...*, cit. especialmente su primera parte; G. Balandier, *Anthropo-logiques*, P. U. F., París, 1974, en especial su segunda parte; *Los cambios sociales-Fuentes, tipos y consecuencias, compilado y presentado por Amitai y Eva Etzioni*, Fondo de Cultura Económica, México, 1968; Guy Rocher, *Introduction a la sociologie générale*, vol. 3, *Le changement social*, Editions HH, París, 1968; H. Lefebvre, *La survie du capitalisme*, Anthropos, París, 1973.

teres específicos, pero no suprime las incompatibilidades que nacen de las diferencias de génesis, evolución y duración. Se crean de este modo diferenciaciones, tensiones, puntos de ruptura, movimientos, que provocan y manifiesta dinámicas diferenciadas, tendencias a imponer la conservación o combinación de los elementos componentes.

El tiempo somete a la sociedad y a sus integrantes a diversas *coacciones*, en relación al pasado más o menos inmediato, al presente y al futuro.

La coacción del *pasado* inmediato se ejerce a través de los elementos heredados, de la tradición como condicionante y determinante, del suministro de la continuidad y de la definición previamente acuñada del sistema actualmente vigente. Toda sociedad, aun la más móvil, comporta mecanismos que permiten a la tradición y al conservatismo expresarse con eficacia: la inercia de los lenguajes disponibles para la reflexión social, y de las actitudes y comportamientos que intervienen en la práctica social; la función aseguradora de la tradición, que permite a grupos e individuos reaccionar más o menos adecuadamente ante situaciones nuevas e inestables, expresarlas e interpretarlas, adaptarse a ellas con mayor o menor éxito.

“Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado. La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos. Y cuando éstos aparentan dedicarse precisamente a transformarse y a transformar las cosas, a crear algo nunca visto, en estas épocas de crisis revolucionaria es precisamente cuando conjuran temerosos en su auxilio los espíritus del pasado, toman prestados sus nombres, sus consignas de guerra, su ropaje, para, con este disfraz de vejez venerable y este lenguaje prestado, representar la nueva escena de la historia universal. Así, Lutero se disfrazó de apóstol Pablo, la revolución de 1789-1814 se vistió alternativamente con el ropaje de la República Romana y del Imperio Romano, y la revolución de 1848 no supo hacer nada mejor que parodiar aquí al 1789 y allá la tradición revolucionaria de 1793 a 1795. Es como el principiante que ha aprendido un idioma nuevo: lo traduce siempre a su idioma nativo, pero sólo se asimila el espíritu del nuevo idioma y sólo es capaz de expresarse libremente en él cuando se mueve dentro de él sin reminiscencias y olvida en él su lengua natal.”¹²⁷

La coacción del *presente* es ejercida por los elementos muy recientes y actuales, y se manifiesta en el orden que prevalece, en la definición inmediata de la sociedad como resultante de la praxis propia de los diversos actores sociales y de sus interacciones.

¹²⁷ K. Marx, *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*.

La coacción del *futuro* está dada por la presencia y la actividad de fuerzas y tendencias de desarrollo, y los elementos para definir y optar entre las diversas posibilidades presentes en toda formación social, buscando la actualización de configuraciones por venir.

Toda sociedad está simultáneamente ligada a estas tres historias, sin que pueda predecirse cuál de ellas y de sus configuraciones correspondientes se efectivizará y prevalecerá. A partir y a través de estas dimensiones, toda sociedad revela en la acción sus diferentes aspectos: la breve duración (individuo, acontecimiento, pequeña historia, coyuntura), la duración media (intervención de unidades sociales y grupos colectivos), la larga duración (despliegue en los siglos, manifestación de estructuras y sistemas). Revela también las desigualdades sectoriales en cuanto al sentido, la intensidad y la rapidez de los cambios: sectores más lentos o polos de freno que mantienen y refuerzan la continuidad; sectores más rápidos o polos motores que condicionan y determinan en última instancia el cambio; sectores ubicados entre aquéllos y sometidos a transformaciones inducidas.

De todo ello deriva un movimiento diferencial de los subsistemas constitutivos de la sociedad, en función del cual ésta no se transforma en bloque. Presenta continuidades y discontinuidades sociales; reproduce relaciones sociales y produce otras nuevas; combina la repetición y la diferenciación. La sociedad se presenta como sede de un enfrentamiento permanente entre factores y dinamismos constitutivos del mantenimiento y continuidad del orden, por una parte, y del cambio y el desorden modificatorios, amenazantes y transformadores, por la otra; unos y otros en balance inestable. Los dinamismos y las coacciones en conjunción hacen que la sociedad sea portadora y objeto de un debate permanente; contribuyen a constituir y a manifestar la pluralidad de aquélla; cuestionan la reproducción pura y la simple continuidad.

2. *Los actores y las prácticas sociales*

Los dinamismos se manifiestan por y a través de actores sociales, de sus prácticas, sus cálculos, sus opiniones, en el marco de la diversidad de fuerzas y relaciones, de estructuras y situaciones en que aquéllos emergen, se insertan y operan. Algunas características propias de todo sistema contribuyen a determinar las exigencias y las posibilidades de los actores y su contribución a la génesis del cambio social y a la determinación de sus modalidades.

En primer lugar, la escasez de los recursos, de los productos y de los ingresos determina la competencia en la búsqueda de ventajas superiores y de una maximización de la propia situación, entre los grupos y los individuos. *En segundo lugar*, un sistema social no es un puro mecanismo. Exhibe una imperfecta correspondencia de estructuras y subsis-

temas constituyentes. Crea así para los actores una esfera variable de aproximación, de opción y de libertad. A ello se agrega la vigencia de normas y códigos que no son unívocos, se prestan al equívoco, al malentendido y a la maniobra, para reforzar y expandir el margen de imprecisión en la definición de las relaciones y prácticas sociales. En *tercer lugar*, la multiplicación y la heterogeneidad de las instancias o niveles de ordenamiento de las relaciones sociales (hombres, cosas, símbolos) dan la posibilidad de jugar con ellas y entre ellas.

Los actores sociales, individuales y colectivos, tienen así un margen de acción que les permite ser no sólo pasivos sino activos, para obtener ventajas máximas, o para replanear su posición en la sociedad global. Pueden así interpretar, solicitar, usar y manipular, tratando de orientar según sus intereses y valores los sistemas de relaciones sociales en que participan. Intervienen en función de sus cálculos y estrategias. Recurren a la innovación, a la crítica y a la impugnación. Operan sobre el sistema social, y contribuyen a darle su carácter aproximativo y vulnerable. Oscilan permanentemente en un continuo entre las estrategias posibles, las adoptadas y las realmente efectivizadas.

Los actores son inseparables de sus *prácticas sociales*, que los constituyen, expresan y definen, y revelan las posiciones en que se ubican y los ejes en que operan. Las prácticas constituyen categorías no rigurosamente separadas, sino interrelacionadas en un *continuo* multidimensional en el cual se pasa de una a otra práctica por implicaciones sucesivas. El predominio de un tipo de prácticas caracteriza la sociedad y su dinámica interna en un momento dado. Las prácticas pueden ser clasificadas según que los actores se ubiquen en mayor o menor grado *dentro o fuera del orden existente*.

El grado mínimo de actitudes y prácticas *dentro del orden* se caracteriza por el conformismo, la pasividad, la sumisión. Por encima de este nivel, el actor usa, para su máxima ventaja, las normas que gobiernan el respectivo sistema, y las situaciones por las cuales ellas se manifiestan, sin dejar de respetarlas, dentro de los límites del orden vigente. Un grado más arriba lo constituye la práctica del actor que busca maximizar sus ventajas con respeto aparente de las normas. Cierta tipo de actores puede criticar o impugnar el orden, y tender a constituir un esbozo de contrasociedad en el seno del sistema oficial. Más allá de este punto límite, las actitudes y prácticas *fuera del orden* tienden a identificarse con las tendencias revolucionarias.

Los actores pueden ser colectivos (clases, grupos, organizaciones, instituciones) o individuales. Es importante tener en cuenta que, como enfatiza Edgar Morin,¹²⁸ la sociedad y el individuo no son categorías rígidas, realidades claramente separadas, que se ajustan una a la otra en una integración perfecta y con una funcionalidad inequívoca. Forman

¹²⁸ *Le paradigme perdu...*, cit.

un *ambisistema* de unidad-pluralidad, de confusión distinción en el desarrollo, en que una y otra se constituyen y se usan mutuamente, a través de relaciones de complementariedad, cooperación, solidaridad, competencia, contradicción, antagonismo. La sociedad no existe sin los individuos. La diversidad social está influida por la diversidad individual, y ambas se presuponen y utilizan recíprocamente.

La amplia variedad de diferenciaciones (clases, grupos, rangos, status, roles) no reprime ni uniformiza totalmente las individualidades. Permite y estimula un despliegue relativo de las diferencias individuales en personalidades, actitudes y comportamientos. Da cierta independencia a los individuos, en la circulación por la jerarquía, la falta de identificación exacta con su rol social, las posibilidades de expresión y de expansión de las personalidades. Los movimientos espontáneos, los ruidos y los errores, los desórdenes y los desperdicios, los actos carentes de utilidad social y las incertidumbres, permiten y manifiestan los modos de inserción no estrictamente funcionales de los individuos en la sociedad. A su vez, la diversidad y variedad de las personalidades y conductas individuales contribuyen a la construcción, la diversificación, el enriquecimiento de los status, los roles y las relaciones sociales, y a la complejidad del sistema, de todo lo cual resultan así coproductoras:

Las relaciones entre los individuos, entre ellos y los grupos, y entre éstos y los individuos con la sociedad, oscilan permanentemente entre un polo de complementariedad-cooperación-solidaridad, y un polo de competencia-conflictividad-antagonismo; entre el egocentrismo individual y grupal y el sociocentrismo colectivo; entre la rigidez de la jerarquía y la movilidad de los grupos e individuos; entre el orden y el desorden. Entre estos dos polos se dan oscilaciones permanentes, combinaciones aleatorias, servicios mutuos, que configuran una especie de zona intermedia de contradicciones, indecisiones y ambigüedades.

La sociedad nunca logra más que una integración relativa e incompleta de las pulsiones, los conflictos y las agresiones. Está siempre afectada por el desorden que amenaza con desintegrarla pero que al mismo tiempo da a la sociedad su complejidad, su diversidad, su variedad, su flexibilidad, y refuerza su capacidad de reorganización permanente. El desorden puede ser absorbido por la organización, recuperado y transformado en jerarquía, mantenido en la periferia como marginalidad, o expulsado fuera del sistema como desviación. Las conductas desviantes y marginales, los sucesos aleatorios, transforman el ruido en información, proponen o realizan innovaciones, demuestran su conveniencia o su necesidad, las van transformando en costumbres, las integran en las actitudes y las conductas sociales, incorporan los elementos nuevos al orden social complejo. De esta manera, el orden y el desorden renacen sin cesar, y —como insiste Edgar Morin— la sociedad se reorganiza y se autoproduce sin cesar porque se desorganiza y se autodestruye sin cesar.

3. *Dinámica interna y dinámica externa*¹²⁹

Las relaciones de exterioridad de una sociedad tienen consecuencias internas para ella. La *dinámica interna* se combina con la *dinámica externa* que ejerce efectos sobre la primera y puede volverse dinámica de *dominación*. Cualquier sociedad, como sistema dinámico, se sitúa en la totalidad de sus *medios*, incluso el más extendido: el *internacional*. Éste se presenta como espacio circundante, organizado y controlado, que proporciona el entorno; relaciona a la sociedad nacional de que se trate con otras sociedades globales; genera fuerzas que contribuyen a las continuas variaciones del ordenamiento sociopolítico interno.

Estas circunstancias exigen distinguir el cambio procedente del propio desarrollo del sistema nacional, de los cambios resultantes de la relación con el exterior y de los factores externos, y rescatar la imbricación y la interacción entre ambas dinámicas.

La especificidad de una sociedad nacional y de sus principales subsistemas deriva a la vez de su propia historia y de sus relaciones con las sociedades extranjeras y con el sistema internacional en su conjunto. Por una parte, las relaciones internacionales de los países afectan los principales niveles de la realidad social interna. Provocan en el tiempo una diferenciación cada vez más acentuada entre las diferentes sociedades. La situación de *dependencia externa* puede constituir un sistema de referencia fundamental. Determina la totalidad que permite situar e interpretar las transformaciones parcelarias. Contribuye a un juego de fuerzas tendientes a la unificación homogeneizante de la sociedad nacional, a su constitución a imagen y semejanza de la sociedad externa en posición hegemónica y dominante. La dependencia externa produce efectos directos, indirectos, y de retroacción, que pueden darse en términos de dominación, explotación, importación, imposición de modelos externos, sustitución o adición de elementos, apoyo exógeno a los actores y prácticas interiores. Puede desembocar en una situación estructural de pérdida de posibilidades de acción real sobre la propia historia, de desposesión y degradación en lo material y en lo espiritual que, a su vez, refuerzan la dependencia de las potencias internacionales y contribuyen al aumento de la brecha diferencial entre distintos tipos de países (más o menos desarrollados).¹³⁰

¹²⁹ Sobre el papel de la dinámica externa en el cambio, ver: Paul A. Baran, *La economía política del crecimiento*, Fondo de cultura económica, México, 1959; Paolo Santi y otros, *Teoría marxista del imperialismo*, Cuadernos de Pasado y Presente, Buenos Aires, 1969; Samir Amin, *Le développement inégal*, Les Éditions de Minuit, París, 1973; George Lichtheim, *El imperialismo*, Alianza Editorial, Madrid, 1972; Michal Barratt Brown, *Economics of Imperialism*, Penguin, 1976; Balandier, *Le sens...*, cit., segunda parte.

^{130 y 131} Marcos Kaplan, *La concentración del poder político a escala mundial en El trimestre económico*, México, vol. XLI (1), núm. 161, enero-marzo

Reconocido el papel de la dinámica externa en general y —como se verá luego—, también en lo referente al problema del Estado, es ineludible señalar que la llamada *teoría de la dependencia*, en la gran mayoría de sus versiones, adolece de limitaciones que pueden derivar en distorsiones nocivas para la orientación, el contenido y los resultados de las investigaciones realizadas, en curso y hasta en proyecto. La preocupación excesiva por este orden de problemas ha contribuido a la emergencia de teorías, esquemas analíticos, diagnósticos y proposiciones políticas que deforman la percepción de la realidad; sobrenfatizan el papel de los componentes externos en desmedro de los internos; atribuyen a los primeros una función explicativa total y excluyente (que requiere a su vez ser explicada); transfieren las responsabilidades fundamentales de la subordinación, el atraso y la crisis de los países latinoamericanos y del “Tercer Mundo” hacia afuera, contribuyen a la emergencia de una visión de los problemas estudiados que se caracteriza por el esquematismo, el mecanicismo, el maniqueísmo.¹³¹

La dinámica externa, la problemática de la dependencia, constituyen un aspecto decisivo pero no exclusivo. La acción externa no es el único factor que debe considerarse. No se ejerce tampoco de modo unilateral, inmediato y mecánico, en un solo sentido ni en una dimensión única. Constituye un proceso *pluridimensional y multivoco*. La dependencia es una *relación* y, por lo tanto, supone por lo menos dos órdenes de fuerzas, de formas y de dinámicas, en permanente interacción. Esta relación compleja y móvil contribuye a configurar ante todo sociedades y Estados Nacionales que pueden preexistir al establecimiento y a la modificación de la dependencia, con sus propias matrices y dinámicas sociohistóricas, sus estructuras productivas, sus estratificaciones sociales, sus configuraciones culturales y políticas, y con correlaciones determinadas y cambiantes entre aquéllas. Estos aspectos y niveles internos tienen su existencia y su dinámica inherentes. Generan constelaciones de intereses. Determinan grados variables de interdependencia. Se articulan y reaccionan entre sí, y con los factores de tipo externo, sobre los que pueden influir incluso en considerable medida. El dinamismo interno refleja e incorpora la acción de las metrópolis y el impacto del sistema internacional, pero agrega además sus particularismos histórico-sociales, sus peculiaridades y sus mediaciones específicas, sus coyunturas y sus azares. Al mismo tiempo, el dinamismo interno pasa a integrar y a modificar la composición, la orientación y el funcionamiento de los actores, de las fuerzas y de los procesos de tipo externo.

Los actores y las fuerzas, los aspectos y los procesos de tipo interno y de tipo externo no siempre evolucionan con una intensidad, una direc-

1974; Marcos Kaplan, *Lo viejo y lo nuevo en el orden político mundial*, en Jorge Castañeda et al., *Derecho Económico Internacional*, Fondo de Cultura Económica, México, 1976.

ción y un significado aproximadamente iguales o convergentes. La dependencia externa supone sociedades y Estados nacionales existentes, y debe crearse, operar y modificarse a través de nexos y alianzas entre clases dominantes y grupos hegemónicos tanto de las metrópolis como del país periférico, con la consiguiente posibilidad de divergencias, tensiones y conflictos. A su vez, los grupos hegemónicos y las clases dominantes de los países atrasados-dependientes establecen relaciones de coincidencia, disidencia o enfrentamiento con otros grupos nacionales subalternos o dominados, a través de procesos que también son a la vez influidos e influyentes respecto a la dependencia.

La imbricación y la dialéctica de lo interno y de lo externo, con todas sus implicaciones y consecuencias, inciden en la configuración de las fuerzas y estructuras socioeconómicas y culturales, en el sistema de poder, en la organización y en el funcionamiento del aparato politicoinstitucional, en los mecanismos y procesos de decisión; todo lo cual a su vez vuelve a repercutir en la relación y en la dinámica de la dependencia.

A ello se agrega la constatación de los límites de la expansión de las relaciones internacionales de dominación-subordinación, emergentes a partir de cambios en el entorno internacional, y de cambios en el interior de las sociedades dominadas. La dominación externa en sus diferentes variedades colonizantes no actúa en un sentido único, y puede por el contrario estimular la aparición de fuerzas que reivindican la emancipación y la autonomía propias y algún grado de democratización en el sistema internacional. Estas tendencias pueden a su vez incluso proyectarse de manera crítica y perturbadora sobre las propias sociedades desarrolladas y hegemónicas.

Reconocida la importancia de la dinámica externa, se afirma entonces en sentido inverso que ella no llega a ser determinante en un sentido absoluto. Sus fuerzas aceleran o frenan, modifican o bloquean por un tiempo los procesos de estructuración y cambio de las sociedades nacionales, pero no bastan para constituirse nunca en agente exclusivo.

Las consideraciones precedentes son relevantes para rescatar la importancia específica de la dinámica interna, no sólo desde el punto de vista del análisis científico, sino también del diagnóstico político y de la posibilidad de formular y aplicar una estrategia alternativa de desarrollo autónomo. Tal estrategia, en efecto, presupone el rechazo de la concentración del poder a escala mundial como un proceso y un resultado irreversibles, con rasgos de fatalidad natural.

B) ELEMENTOS PARA UNA TIPOLOGÍA DEL CAMBIO SOCIAL

Para la formulación de una *tipología elemental* del cambio social, se tomará en cuenta las diferenciaciones entre: cambio inherente al sistema

y mutación histórica, crecimiento y desarrollo, reforma y revolución; y se hará referencia al concepto de proyecto histórico.

1. Cambio inherente y mutaciones¹⁸²

El concepto de *cambio inherente a todo sistema social*, está ligada a las nociones de inmanencia, continuidad, realización. Las estructuras y los sistemas sociales sufren continuamente cambios inherentes a sus condiciones de existencia y de composición, a su funcionamiento y a su reproducción, a sus tendencias al incremento y al cumplimiento, a la realización de sus potencialidades de desarrollo. Ello se da a través de la diferenciación y a la especialización, y de la creciente complejidad de fuerzas, estructuras y órganos que constituyen y hacen funcionar la sociedad. Las fuerzas operantes en el seno de una sociedad nacional reproducen las relaciones que aseguran su permanencia y su ajuste dinámico, en un movimiento no destructurante sino sometido a estructuras.

Las *mutaciones* son definibles como una serie de cambios múltiples y acumulados, que afectan varias instancias de la sociedad global, de manera profunda y más o menos irreversible; incluso las crisis que resultan de estos cambios. Una mutación implica el paso de una estructura a otra, de un sistema de estructuras a otro; la emergencia de diferencias en relación a la mera reproducción estricta de las relaciones sociales básicas; el predominio de la ruptura sobre la persistencia de la identidad fundamental.

Una mutación no constituye una transformación súbita, total, ni creadora de un corte visible y concientizado. Resulta de varios procesos que acumulan sus efectos. Afecta de manera variable diversas instancias sociales; provocan desigualdades sectoriales en los cambios, en su orientación, en su intensidad y en su rapidez. A ellos se agrega el hecho que siempre existe un retraso en la percepción de los cambios. La mutación se enmascara en configuraciones latentes; es rechazada y reprimida por determinados grupos y sectores, y no inmediatamente captada y asumida por otros. Resulta así difícil identificar las rupturas configurativas del tránsito determinado por la mutación, y se hace necesario un esfuerzo de captación al nivel coyuntural de elementos relativamente independientes. Las mutaciones pueden ser parciales o globales, y su conceptualización se relaciona con la categoría de crisis.

Las mutaciones parciales son asimilables a brechas producidas por las innovaciones y por los procesos y formas de interiorización del cambio, con las consiguientes distorsiones, desequilibrios y obstáculos a un movimiento sincronizado y global de la sociedad. Una acumulación de

¹⁸² Ver Balandier, *Sens...*, cit., Primera Parte, Cap. II; *Sociologie des mutations, sous la direction de Georges Balandier*, Anthropos, Paris, 1970.

mutaciones parciales puede determinar una respuesta dinámica que desemboque en una nueva combinación de las relaciones de interdependencia y de mutua determinación entre los elementos constitutivos que definen los distintos tipos de sociedad. Se entra así en una fase no de mera repetición, sino de diferenciación, que puede llegar a identificarse con la mutación global. Ésta no equivale a la mera acumulación cuantitativa de inonvaciones parciales. Se presenta como una *crisis*, como el fin de una sociedad y el comienzo de otra, en la medida en que no pueden seguir reproduciéndose las relaciones constitutivas de la sociedad en cuestión. La crisis, sin embargo, está sometida a la *ley histórica del desarrollo desigual y combinado* de las sociedades. No alcanza al mismo tiempo, del mismo modo y con los mismos efectos, a los diferentes sectores sociales. Puede atenuarse en algunos niveles y agravarse en otros. Así, puede haber crisis en la sociedad sin crisis económica o política en sentido clásico; o a la inversa.¹³³

La mutación debe ser irreversible, demostrar su capacidad de perduración en la constitución y en el mantenimiento definitivo de una nueva configuración social, sobre todo en términos de nuevas relaciones sociales, de nuevas formas de dominación, de reproducción de las estructuras que ha hecho surgir. La mutación global no excluye la subsistencia de residuos y recurrencias provenientes de la vieja sociedad. La historia proporciona un largo inventario de mutaciones fracasadas.

2. *Crecimiento y desarrollo*

Comúnmente confundidos, estos dos conceptos exigen a la vez una cuidadosa distinción y la exploración de sus vinculaciones recíprocas.¹³⁴

El *mero crecimiento*, como proceso y como resultado, se caracteriza por el aumento gradual de propiedades cuantitativas, mensurables y cifrables; la continuidad; la fácil previsibilidad por extrapolación a partir de datos (aumento del P.N.B., de la población, etcétera).

El *desarrollo* implica el surgimiento de propiedades nuevas, de diversidades cualitativas; la complejización y enriquecimiento de las fuerzas, relaciones y estructuras sociales; la creación de formas, valores, ideas, estilos de vida, diferencias; la discontinuidad, los saltos, los imprevistos, los azares; y, por consiguiente, la imposibilidad de predicción a partir de la extrapolación lineal de los datos disponibles en un momento dado.

¹³³ Ver Lefebvre, *Le manifeste differentialiste*, Gallimard, París, 1970.

¹³⁴ Sobre crecimiento y desarrollo: H. Lefebvre, *Critique...*, cit., vol. II y *Le manifeste...*, cit.; Balandier, *Sens...*, cit., Primera Parte, cap. IV; Szymon Chodak, *Societal development-Five approaches with conclusions from comparative analysis*, Oxford University Press, Nueva York, 1973.

Es posible el crecimiento sin desarrollo y, a la inversa —durante algún tiempo al menos—, el desarrollo sin crecimiento. No existe ligazón mecánica ni automática entre ambos aspectos de un proceso histórico global.

3. *Reforma y revolución*¹³⁵

Un proceso de reforma constituye una experiencia de actualización. Pretende realizar adaptaciones inevitables, dando a las modificaciones las cualidades de transformaciones profundas que inciden sobre las estructuras fundamentales, pero permaneciendo más aquí del umbral crítico que determina una verdadera mutación. El balance inestable entre factores y dinamisismos de mantenimiento y de cambio, y la tendencia al predominio de lo primero sobre lo segundo, contribuyen a explicar por qué las adaptaciones reformistas son históricamente más numerosas y frecuentes que las transformaciones globales de signo revolucionario.

La *revolución* es una forma política particular de mutación social. Expresa una voluntad de provocar la irrupción de un sistema social por venir. Sin embargo, de hecho constituye menos la irrupción de lo inesperado que la aceleración de procesos largo tiempo operantes que la han preparado y vuelto necesaria, determinando la emergencia de configuraciones potenciales de elementos y fuerzas en suspensión dentro de la vieja sociedad. Se prepara en él o los lugares de la sociedad donde más tiempo se ha rechazado lo que contradecía el orden establecido y donde se ha ido formando alguna forma de contra-sociedad. Se presenta como modo de transformación en el interior de la formación social oficial. Su irrupción, la fecha de su manifestación y la forma particular que asume, son siempre asuntos de coyuntura. La revolución se define como agente de ruptura, iniciadora de nuevas condiciones de existencia, que hace surgir el discurso oculto por el cual se expresan los cambios que la vieja sociedad rehúsa reconocer, promover o aceptar. Afecta de manera variable las diversas instancias de la sociedad, promoviendo nuevas desigualdades sectoriales en la orientación, la intensidad y la rapidez de los cambios.

La revolución no ha bastado nunca hasta el presente para determinar el surgimiento de una sociedad radicalmente nueva y duradera. Ante todo, las estrategias y los objetivos de las revoluciones se pueden buscar y lograr por acciones que operan desde abajo hacia arriba y trastruecan y transforman toda la sociedad; o por acciones que se desarrollan desde arriba hacia abajo, a partir y a través de un Estado autoritario conduci-

¹³⁵ Sobre reforma y revolución: André Decouflé, *Sociologie des révolutions*, P. U. F., París, 1968; Jean Baechler, *Les phénomènes révolutionnaires*, P. U. F., París, 1970; W. F. Westheim, *Evolution and revolution*, Penguin Books, London, 1974.

do más o menos inteligentemente, que realizan cambios y cumplen a su manera, incompleta y desviadamente, los objetivos políticos y económicos de las revoluciones por abajo. Éste sería ante todo el caso del Napoleón Bonaparte posjacobino.¹³⁶ Después de la tempestad de 1848 en Europa y el golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851 en Francia —como afirma Engels— “el periodo de las revoluciones desde abajo se había cerrado, por el momento; a éste siguió un periodo de revoluciones desde arriba”,¹³⁷ con Napoleón III y Bismarck. El paso de una revolución desde abajo a una revolución desde arriba se ejemplificaría también en el proceso que va desde la Revolución Rusa de 1917 a la instauración y vigencia del régimen stalinista. El concepto de revolución desde arriba se acercaría al concepto de *revolución pasiva* que Gramsci elabora y aplica en relación al *Risorgimento*, la unidad italiana realizada por presión de la dinastía de los Savoia y bajo dirección de la burguesía industrial y comercial del norte. Se trataría de un proceso que sólo incorpora y compromete a élites políticas y dirigentes partidistas que conducen la acción desde arriba, excluyen la participación popular, canalizan el movimiento histórico dentro de límites predeterminados y bajo modalidades controlables, no catalizan las energías revolucionarias a escala del país.¹³⁸

Aún en las experiencias más amplias y profundas, la fractura revolucionaria nunca es completa ni totalmente victoriosa, ni excluye la perduración de resabios o da emergencia de resurrecciones. Toda revolución tiende a recaer en lo instituido, a cristalizarse en un orden preocupado primordialmente por su propia conservación. Se explica así la emergencia de conceptos tales como *revolución permanente*, *revolución en la revolución*, *revolución cultural*, *reforma revolucionaria*.

4. *El proyecto histórico*¹³⁹

El concepto de proyecto histórico está referido al hecho ya señalado que toda sociedad es un orden aproximativo y móvil, ligado a varias historias: la ya realizada y sus concreciones que perduran como rastros, la que se cumple, la posible que lleva en su seno. Toda sociedad en proceso es además un conjunto heteróclito, que combina elementos mezclados, determinismos y libertades, acontecimientos y azares. En este con-

¹³⁶ Véase Jacques Godechot, *L'Europe et l'Amérique à l'époque napoléonienne*, Nouvelle Clio, P. U. F., París, 1967,

¹³⁷ Prólogo de Engels a la edición de 1895 de *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*.

¹³⁸ Antonio Gramsci, *El Risorgimento*, Granica, Buenos Aires, 1974; Maria-Antonietta Macciocchi, *Pour Gramsci*, Seuil, 1974, caps. IV y V.

¹³⁹ Lefebvre, *Introduction a la modernité*, Ed. de Minuit, París, 1962, *passim*; Morin, *cit.*, *passim*; M. Kaplan, *Modelos mundiales y participación social*, F. C. C., México, 1974.

texto, los actores sociales ordenan sus prácticas según varios ejes y orientan su futuro según diferentes alternativas. Surge así en toda sociedad un espacio abierto a la intervención de la libertad humana, para contribuir a conformar aquélla y a darle su sentido, y para la actualización de las diversas posibilidades que la sociedad contiene, sin que pueda predecirse cuál de estas configuraciones potenciales terminaría por actualizarse y prevalecer.

Por consiguiente, la continuidad histórica no es rectilínea. La sociedad no está condenada a la imitación ni a la repetición; dispone de un margen de libertad de opción, de flexibilidad de existencia, de imprevisibilidad, de creación colectiva. La sociedad aparece —en las palabras de Jacques Berque— no sólo como dato sino como proyecto.

Así por una parte, historia y sociedad como tales carecen de racionalidad inmanente y plena, de finalidades predeterminadas que prexistan a los hechos y a los actos y sean expresión de alguna fuerza demiúrgica. Las orientaciones y las vicisitudes de la historia y de la sociedad son resultado de las relaciones de grupos e individuos vivientes, en un entrelazamiento de los determinismos, las espontaneidades, las voluntades conscientes y los azares. El sector aún no dominado de fuerzas naturales, sociales y culturales sigue y seguirá siendo por un largo tiempo grande y poderoso, y continuará imponiendo determinismos y fatalidades, en parte aparentes y en parte reales. Si no existe determinismo en sentido estricto, existen y seguirán existiendo procesos determinados, productos de la acción de los hombres, combinaciones de lo humano y de lo inhumano, que se vuelven contra aquéllos y amenazan su presente y su futuro. Las luchas por la superación de las condiciones heredadas de una historia plurimilenaria y por la emergencia de formas sociales nuevas y superiores no están destinadas fatalmente a triunfar. Los individuos y los grupos que actúan en tal sentido pueden resultar inadecuados, pueden equivocarse y ser derrotados. El proceso histórico es sinuoso y accidentado y rara vez se cumple en acuerdo estricto o aproximado con las previsiones y las esperanzas de las sociedades, los grupos y los individuos, aún los más lúcidos y enérgicos. En tal sentido recuerda Engels que “la gente que alardeaba de haber *hecho* una revolución se veía siempre, al día siguiente, que no tenía idea de lo que estaba haciendo, que la revolución *hecha* no se parecía en lo más mínimo a la que les hubiera gustado hacer. Eso es lo que Hegel llama la ironía de la historia, ironía a la que escapan pocas personalidades históricas” (carta a Vera Zasulich, 23 de abril de 1885). Con frecuencia, las realizaciones históricas concretas se alejan de los proyectos originales, o no se efectúan en la dirección prevista por la teoría. Las transformaciones posibles pueden frustrarse, o no resultar tan radicales como se supuso. La sociedad sigue siendo portadora de profundas raíces primáticas, paleo y arqueo-estructurales, y marcada por los rasgos y resultados de la sociedad histórica acoplada al Estado Leviathán. La realidad antropo-socio-histórica ha retroactuado

negativamente sobre los ensayos evolucionistas y revolucionarios mejor intencionados. Estas tentativas no han logrado aún transformar el mundo, cambiar la vida, ni originar una sociedad radicalmente diferente a la sociedad histórica. La dominación, la explotación, la opresión renacen frecuentemente de sus supuestas cenizas, bajo formas nuevas. Todo avance histórico, incluso el que pueda concretar en algún aspecto el más alto grado de aproximación al modelo ideal de sociedad deseada, a la vez resuelve y genera problemas, plantea nuevas posibilidades y desafíos, realimenta la interminable espiral de la historia que, en sus mejores momentos, no deja de ser una marcha incierta hacia lo desconocido. La opción y el voluntarismo sociales tienen sus límites. La sociedad se hace y se transforma, pero en el interior de coacciones más o menos definibles.

La evaluación realista de fuerzas, tendencias, problemas y obstáculos, debe inocular a la vez contra el optimismo superficial y mecánico, pero también contra el pesimismo y la desesperanza. La historia no es insensata ni absurda. Crea lo inesperado a partir de lo determinado; combina el azar y la necesidad, la derrota y el triunfo, la catástrofe y la creación superadora, nunca completas. La totalidad sigue abierta, deja lugar a nuevos enfoques, opciones, propuestas y estrategias. La razón actuante no es todo, pero es algo. Es capaz de obrar, de percibir, de comprender y explicar, de insertarse en los hechos, en los actos y en los procesos para su encauce y transformación. Puede desplegar una obstinada voluntad de verdad, de lucidez y de vigilancia, la capacidad de esperar sin abdicar de la acción, y de asumir que la opción no equivale a la certidumbre y a la seguridad y que toda creación implica azar y riesgo.

Los problemas del proyecto histórico y, más generalmente, del cambio social, tienden hasta cierto punto a perfilarse y aclararse más hoy que nunca, a la vez por la perspectiva histórica del camino recorrido por la especie humana y sus sociedades, por la crisis sin precedentes que afecta a la una y a las otras, y por la urgencia, la intensidad y la profundidad de la reflexión y de la praxis respecto a todo ello. La necesidad y la posibilidad de superación de la sociedad histórica conocida hasta la fecha, y del paso a una sociedad hipercompleja diferente y a un nuevo nacimiento de la humanidad, se plantean hoy de mil formas y en todas partes. La evolución humana no está encadenada necesaria y fatalmente a la historia que se ha vivido hasta el presente. Las posibilidades del ser humano aún no están explotadas total e inmediatamente, especialmente en cuanto a sus aptitudes para la autoorganización, la creatividad y la conciencia. La actualización y el desarrollo de esas aptitudes requieren desarrollos de contextos socioculturales suficientemente complejos, la marcha hacia una *metasociedad*, y ello a su vez exige una nueva conciencia del hombre (cuya construcción quizás ya ha comenzado) y una nueva política. La dialéctica de la interacción y la mutua interferencia

EL CAMBIO SOCIAL

131

entre sociedad, ciencia, conciencia y política está abierta, parte de la otra dialéctica más vasta entre la desorganización y la reorganización históricas que trabaja a todas las sociedades del mundo, con sus ensayos y sus errores, sus componentes y secuelas de desórdenes y crisis, y sus fracasos y sus triunfos ambos parciales, todos ellos a la vez riesgos de regresión y condiciones de progreso, y la posibilidad de un nuevo nacimiento del ser humano y de la emergencia de la nueva sociedad hiper-compleja.